LIBRO

DE LOS

ORADORES

DC255
.A28
C5
c.1

009933

1080021786

CORMENIN

LIBRO
ORADORES
46367

LIBRO

DE LOS

ORADORES

POR

TIMON

NUEVA TRADUCCION

HECHA SOBRE LA DÉCIMASÉPTIMA EDICION FRANCESA

CON UN APÉNDICE

POR

Don J. BERMUDEZ DE CASTRO

CON VEINTE RETRATOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

PARIS

LIBRERIA DE ROSA, BOURET Y Cª

1853

46367

DC265
.A28
C5

FONDO E... IO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

No hay persona que ignore, á menos de desconocer los mas vulgares elementos de la política y literatura contemporáneas, que la denominacion de Timon es un pseudónimo detras del cual se oculta la personalidad del vizconde de Cormenin, escritor de primer órden, folletista formidable, político consumado y sin rival en materia de derecho administrativo.

Las obras del señor de Cormenin son populares en Francia y juzgadas como modelos de estilo, independientemente de sus otras calidades. Odiado por el antiguo régimen y por los aristócratas parásitas, amado por el pueblo, admirado por los literatos, el vizconde de Cormenin combatió con el éxito mas feliz las miras de la monarquía de Julio, en materia de dinero, convencido que, en un siglo de corrupcion, las cuestiones pecuniarias poseen una importancia decisiva. Él solo supo dar vida á las cifras y elocuencia al cálculo; él solo, por su palabra nerviosa, por su lógica irresistible, pudo forzar á los cortesanos á simular el pudor, y á la Cámara de diputados á responder con denegaciones á las reiteradas instancias pecuniarias de la corte. Amargo como Juvenal, terrible como Arquíloco, y, al mismo tiempo, dotado de una gracia epigramática exclusivamente francesa, Timon acribilla con sus flechas á sus adversarios ó los disuelve con su ironía.

La presente obra es la que tal vez reune las mas brillantes calidades del autor, y por consiguiente es la mas difícil de traducir. Si su mérito se ciñese á la variedad y profundidad de la ciencia, á lo sólido de las ideas emitidas, todo esto podria ser un motivo de admiracion, mas no podria arredrarnos, pues, en el paso de una lengua á otra, solo la forma ó el estilo puede naufragar, y de ninguna manera el fondo. Pero afortunadamente para el público, y desgraciadamente para los traductores, la obra de Timon es por su índole, aun mas artística que científica. En efecto, por su estilo ligero, incisivo, brillante, epigramático el *Libro de los Ora-*

000083

dores, es, en cierto modo, intraducible en castellano, á pesar, ó, por mejor decir, á causa de la pompa y gala de nuestro idioma, cuya índole se acomoda mas á lo que lleva el sello de la magestad y nobleza, que á lo gentil y gracioso. En ninguna otra obra se miró con mas complacencia el autor, y nunca llegó á pintar su frase con mas primor y delicadeza.

Así no osábamos trasladar en nuestro idioma tan bella prosa, temiendo desfigurarla como si se tratase de transportar de una casa á otra un juego de café de la mas bella porcelana de China ó del Japon, sobre un azafate de cristal, objeto tan fragil como bello. No osábamos, pero una circunstancia nos decidió á pesar nuestro, y fue una traduccion monstruosa publicada en Madrid en el año 1844. Si, con el mayor esmero y actividad se hubiese buscado un hombre incapaz, *bajo todos títulos*, para traducir la obra del señor de Cormenin, no hubiera podido encontrarse mas al intento que el traductor de Madrid, cuyo nombre juzgamos prudente omitir. Seria tan prolijo como ageno de nuestro intento enumerar los defectos mas ó menos groseros de esta traduccion que parece haber sido empresa tramada y ejecutada con el mayor acierto por un enemigo personal del vizconde de Cormenin.

Lo primero que salta á la vista al hojear el tomo, es que este carece de prólogo, epílogo ó parte agregada cualquiera por el traductor español, y ni aun siquiera esas notas necesarias que imperiosamente exigia una obra llena de epigramas delicadas y no siempre trasparentes para los Españoles, y esas alusiones finas y contínuas á los usos y costumbres francesas, que no puede acertar siempre á comprender una nacion extrangera. Esto solo prueba que el traductor trasladó la obra de un modo mecánico sin comprender al autor frances; y tiende á suponer que debió este desfigurar no solo la forma sino el fondo de la obra, ó en otros términos, las ideas y el estilo.

Lo segundo que choca al leer algunos renglones de la traduccion española, es el giro torpe, desmañado, lerdo, el lenguaje pesado é indigesto, en una palabra la mala prosa castellana que reemplaza las páginas donosas del autor frances, páginas llenas de primorosos relieves que recuerdan los labores de platería ejecutados por el cincel de Benvenuto Cellini.

Pero aun estas dos tachas son las menores, y la lectura asídua de la traduccion española revela al traductor bajo nuevos aspectos desfavorables, y acusan cada vez mas su impotencia. Así su igno-

rancia de la lengua francesa hace que contínuamente preste al autor las ideas mas grotescas; al paso que su total desconocimiento de la ciencia política, y aun de las nociones mas vulgares de historia antigua, le induce á trastornar completamente las ideas emitidas, y á atribuir al autor frances pensamientos agenos y aun opuestos á sus opiniones é ideas; en términos que, con sobrado motivo pudiera el vizconde de Cormenin formar causa al editor ó traductor, pues, si no hay ley que impida desfigurar el estilo de un autor brillante, tampoco permite la justicia y la legalidad el atribuir á un hombre cualquiera, autor ó no, ideas y conceptos que nunca emitió ni emitir pudiera. Pero, como dice el refran italiano, *traduttore, traditore* (1).

(1) Al apoyo de lo avanzado, citaremos algunos pocos ejemplos de las contínuas sandeces del traductor español, sin mas apuro que el de escoger entre la abundancia.

Hablando del abate Sieyes, manifiesta Timon la sorpresa de que este publicista tuviese la pretension de condenar al régimen constitucional á un hombre á quien no bastaban la Francia y la Europa para moverse, y cuya vida fue una contínua tempestad. Todos adivinan que este hombre es Napoleon. Ahora bien, en la traduccion española, el abate Sieyes es el hombre cuya vida fue una contínua tempestad, á quien no bastaban la Francia y la Europa para moverse, y el que se condena á sí mismo al régimen constitucional. Tal es la ignorancia del traductor en una materia tan conocida, cuyo sentido hubiera guiado aun á las personas desprovistas del conocimiento de la lengua francesa.

Aludiendo á la respuesta de Jerges á Leónidas que le intimaba que entregase sus armas, dice el autor frances: *Ces mots : « Viens les prendre » de Leonidas à Xerxes*, etc. ¿Cómo se figura el lector que está traducido el famoso *Viens les prendre?* ¿Cómo? VENGO A DERROTARLOS. — Parece increible que un hombre que se pone á traducir una obra de esta naturaleza, desconozca los elementos de historia que sabe todo chiquillo que sale de la escuela, é ignore cosas acerca de las cuales ningun autor ni traductor sensato osa poner al márgen nota alguna explicativa, temiendo insultar á los lectores pretendiendo enseñarles lo que á todo bicho viviente consta.

Aludiendo á la manía de muchos republicanos que se obstinan en ver demócratas sinceros en Bruto y Casio, posesores de esclavos que azotaban sin piedad, dice el autor francés: *et qui ne se seraient pas dégantés pour donner des poignées de main aux portefaix de Rome.* — Oigamos ahora al traductor español: que no se quitarian los guantes para dar de puñetazos á los mozos de cordel de Roma.

Hablando del orador Mauguin y el general Lamarque, dice Timon: *Oh! qu'il faisait beau les voir, comme feu M. de Malbrouck, s'en*